TORTOSA, CIUDAD DE TURISMO

Aconsejamos a todo aquel que no conozca a fondo la ciudad de Tortosa como ciudad eminentemente comercial, o simplemente como vieja población episcopal de estilos clásicos, que no deje de visitarla, que acuda que sea, de buena o primera, la flamígera ciudad de turismo. Pero el visitante curioso y culto que no pretenda ver —aun cuando lo tengamos como lo hace—, calles hallicinosas o fisuras monumentos, y bosque, en cambio, aquella espiritualidad que rodea de un encantador halo a todas las ciudades de gloriosa historia, aquella calma melancólica de los viejos lugares a los que una tradición multisecular va unida; aquel atractivo que ofrecen las urbes de pretéritas poblaciones contrastadas con esa historia interesante y noble, y aun una cantidad incalculable de tradiciones riveras, que, o pretende hallar, con los recuerdos del pasado, poco rico el espíritu y detiene para la ruta, no se verá defraudado si, atraído por el moderno encanto de tal turismo, hoy tan en boga, llega a la vida Dertusa y hace en ella las honores que el Arte, la Historia y la Leyenda han acumulado en esta tierra pródiga donde la naturaleza le dedica a sus bellezas y a sus grandezas a sus monumentales cuidados los marcos más diversos y a sus árboles los frutos más sazonados.

Son fundamento han sido incluidas sus carreteras en el circuito nacional de turismo, si bien no se ha encontrado todavía un argumento sólido con anteriormente a lidiamar estas líneas que de tan alcanzar nuestra han sido solicitadas.

La Tortosa antigua vive y palpita en la Tortosa de hoy. Á pesar de su marcada modernidad, no obstante la tremenda vida de su vida comercial, a despecho de los edificios modernos, ellos en sus estrechos y viejos barrios, en el mismo alma de la suburbial Tortosa de la edad media, y no es cosa cierta que sus ancestros, o mejor dicho, sus antepasados, o mejores aquellos que nos precedieron, cuyos nombres del culto, una pléyade, los edificios maravillosos de su época, los palacios de los nobles, los conventos, los cuadros de Ribera y Vicente López son, decimos, figuras de que el turista culto, el investigador del pasado, el artista de ideas y de ideales, han de hallar el lodo de casi inquebrantable hierro, fundado más menos que en el 1500, una vieja calle llamada de la Cinta, o de la Cruz, ante un singular tonalillo alimentado por ladrones nuevos con el aceite que a claveres hasta de sus bosques en estacadas, y que en ellos pueden encontrar notables edificios de señoriales arquitectura, o monumentos arquitectónicos, cuyas piedras labradas el mundo respetado y admirado, y que, en fin, deslumbran por su hermosura en sus respectivos estilos, la Catedral, el antiguo Colegio de Santiago y San Matías, hoy de San Luis Gonzaga, el Hospital de la Misericordia, el palacio episcopal, el palacio de Justicia, hoy Instituto, el viejo Ayuntamiento, el Archivo, el Museo, el Arsenal, el Palacio de Campo, el Palacio de Campo, el Palacio de Campo